

Marciano a babor

Jesús Javier Prado

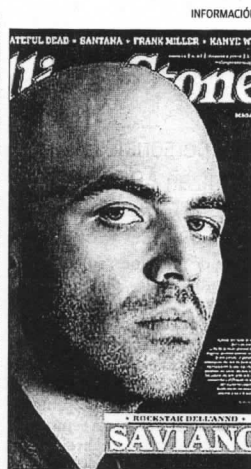
LA MALDITA Y NECESARIA OBSESIÓN

Hace siete años que Roberto Saviano deslumbró al mundo con *Gomorra*. Con un estilo vehemente, crudamente realista y con poco o ningún margen para el optimismo, el periodista italiano ponía negro sobre blanco la realidad de la mafia napolitana, sus conexiones con China, Estados Unidos o España, el tenebroso funcionamiento del puerto de Nápoles o la psicología de los capos. Pero sobre todo ponía el acento en intentar explicar que la tremenda fortaleza de la camorra se basaba en la incrustación absoluta que, a modo de gran garrapata viscosa, tenía sobre la realidad cotidiana (tanto social como económica) en la que operaba, haciendo imprescindible su concurso, respaldo o auxilio para poder tener un trabajo, conseguir unos ingresos, pagarse unos caprichos, infundir respeto o ser alguien en la escala social. Desde el joven en paro hasta el concejal de turno, pasando por las viudas de los sicarios asesinados en cualquiera de los infinitos ajustes de cuentas de los clanes, todos necesitan tocar a su puerta, pasar por su ventanilla y tener su aprobación.

Apabullante en la profusión de datos (origen y explicación de los apodos de los capos, debilidades de sus lugartenientes, estética y gustos de sus esposas; concretos negocios millonarios e ilegales, claras conexiones políticas corruptas, métodos de piratear los diseños de las grandes marcas...) la prosa apresurada, a borbotones y llena de información que Saviano describía en cada página era tan abrumadora que te obligaba a parar de leer, tomar aire y coger fuerzas para no per-

der el hilo de todas las tramas que ponía al descubierto, y a cuestionarte -de manera escéptica y con la ceja ligeramente arqueada desde el confortable sillón de tu casa- cómo era posible que un imberbe de apenas veintiséis años se atreviera a meter tan de lleno su cabeza en un volcán con tal cantidad de mierda, y de la de verdad. Pero debía ser cierto todo lo escrito, porque pronto Saviano probó el amargo cáliz de su victoria: junto con el éxito mundial del libro (lleva más de diez millones de ejemplares vendidos, y fue llevado a la gran pantalla por Matteo Garrone), la camorra decretó su pena de muerte por la confesión tan cruda de sus verdades (sabidas por muchos, pero pocas veces tan expuestas a la luz pública). *La fatwa* laica estaba en marcha, y desde entonces - en lo mejor de la vida- el escritor napolitano ha tenido que vivir escoltado veinticuatro horas al día, recluso en secreto en cualquier fortín de los carabinieri, o durmiendo de incógnito en hoteles donde se registra con nombre falso.

Con motivo del lanzamiento esta semana de su nueva novela, *CeroCeroCero*, sobre el negocio mundial de la cocaína («si el petróleo es el combustible de las máquinas, la cocaína es el de los cuerpos»), Saviano reflexiona en las entrevistas que está concediendo con una crudeza y una dureza inusual sobre la no-vida que lleva desde la publicación de



Saviano en Rolling Stone.

Gomorra, castigándose por la obcecación y obsesión que le obnubiló cuando tuvo clara la historia ante sus ojos, y acusándose de haber sido excesivamente impetuoso e imprudente, poco inteligente, y por tanto, culpable último de todo lo que le ocurre. Buen intento, Saviano, pero no cuela: porque esa misma obsesión fue la que debió de sentir Truman Capote cuando se encontró con la noticia en el periódico del asesinato de los Clutter, dando pie a esa obra maestra que es *A sangre fría*. O es la misma obsesión, impetuosidad e

imprudencia que «obligó» a Orson Welles a hacer *Ciudadano Kane* (¿qué es *rosebud*, sino uno de los mejores detalles obsesivos de toda la historia del cine?). Las mejores creaciones artísticas son siempre hijas de las obsesiones de sus autores, y por eso las acaban llevando a cabo, por imposible e inhumano que parezca... y respecto al sentimiento de culpa que se achaca por su mala cabeza, más falso todavía: la culpa de su situación, obviamente, la tiene quien la tiene. Y aunque su autor se quite todo mérito, *Gomorra* no era sólo un estudio detallado, preciso y numérico de muertos y atentados, de millones de euros defraudados y de miles de pilas de contenedores con mercancías ilegales evadidas: además de todo eso, el libro tenía una carga de profundidad sociológica estratosféricas, que atentaban directamente contra el pulmón, el corazón y la cabeza del enorme tinglado camorrista.

No contento con eso y siete años más tarde, Saviano trata ahora de desentrañar el tráfico de la cocaína a ambos lados del atlántico. Así que no escarmienta, para gozo de los que deseamos devorar su nuevo libro (desde esta semana a la venta en nuestro país, editado por Anagrama). Y es que a pesar de que piensa que su adictiva obsesión está siendo su perdición, él mismo reconoce y afirma que, de una manera u otra, esa obsesión es lo que da sentido a su vida: pues no es poco, Roberto, no es poco, tener una vida con sentido. Forza, Saviano.

BRENDELMINIA



MÚSICA CRÍTICA

Federico Solano

★★★★

► Kit Armstrong, piano. Teatro Principal de Alicante. Sociedad de Conciertos.

«Entre las ejecuciones de piano más satisfactorias que he presenciado en los últimos años». Que eso lo diga Brendel de uno tiene que marcar, y condicionar. De ahí que la Brendelminia del pianista Kit Armstrong no sólo pase por estudiar con él: además toca con su hijo Adrian Brendel, es un humanista inquieto e incluso sus repertorios tienen mucho que ver con los del pianista austriaco.

Por eso la cosa se puede resu-

mir de la siguiente manera: si quisiera escuchar a Brendel iría a un concierto suyo. Es decir, la versión directa, clara y sin fisuras del pianista Kit Armstrong tiene tanto que ver con la del señor Brendel que escucharlo es una especie de remedo, casi una parodia, pero sin gracia del pianista austriaco. Lo cierto es que Brendel abandonó las giras de conciertos en el año 2008 cerca ya de ser octogenario y con una sordera que amenazaba su larga relación con el piano. Se había convertido para ese momento en el mayor exponente de respeto a la partitura y a las intenciones del compositor, es decir, de un acercamiento «cerebral» a la música.

El entrecorillado es obvio; todo elemento relacionado con la interpretación es cerebral otra cosa es querer darle dignidad al asunto tirando del término que, inevitablemente, le da el caché de lo científico. No hay mejor manera de defender algo que diciendo que es «cerebral».

Con todo las interpretaciones de Brendel tienen el maravilloso

riesgo de jugar siempre en el campo de lo convencional pero rompiendo todas las reglas que en principio, decía, iba a respetar: lo que viene a ser un niño malo de toda la vida. Y era eso exactamente lo que en la, por otra parte, magnífica interpretación de Kit Armstrong podía incomodar: él nunca será un niño malo. Ni las tímidas salidas de tono en el repertorio tradicional, léase Ligeti (sic), ni en las desaires de hijo pródigo cuando pierde su tiempo con la composición el pianista americano rompe regla alguna con la naturalidad con la que lo hacía su maestro. Ni los calderones hiperforzados de la *Fantasia* de Haydn sonaban mas que a un pequeño berrinche. Tal vez el gran interés de este pianista este en adivinar todo lo contrario que de Brendel hay en él: mientras en el primero el recuerdo de una infancia atormentada y un éxito lento y trabajoso resuena en cada silencio en el americano encontramos el beneplácito de una vida inundada por el talento y el triunfo prematuro.

mo magazine

LOS NUEVOS FAVORITOS

Los creadores de Instagram, Twitter, LinkedIn o PayPal emergen como la generación que toma el relevo de los antiguos magnates de la tecnología

EL HOLOCAUSTO OLVIDADO EN EL DESVAN
HARRISON FORD SÓLO PIENSA EN EL FUTURO

INFORMACIÓN